

EMILIO LLEDÓ: CONTRA TODA ASIGNATURA

LA segunda edición, corregida y aumentada, de «Filosofía y Lenguaje» (1), de Emilio Lledó Inigo, está en la calle. Se une «Filosofía y Lenguaje» a ese extraño fenómeno que últimamente sucede en este país: libros que se refieren a temas tradicionalmente poco atractivos obtienen un éxito extraordinario. En efecto, los libros de Filosofía ocupan a veces los lugares más ventajosos de los «hit parades» españoles. La segunda edición de este libro y la presencia en Canarias de Emilio Lledó nos han dado ocasión de conversar con él. El profesor Lledó es director del Departamento de Historia de la Filosofía de la especialidad de Filosofía de la Universidad de Barcelona y director, además, del Departamento de Filosofía de la Institución Milá y Fontanals de la misma ciudad. Ahora mismo dirige veinticuatro tesis doctorales y sesenta y dos Memorias de licenciatura, lo que puede dar una idea aproximada de su prestigio como profesor y como investigador entre los universitarios barceloneses en particular y españoles en general. Ese carácter de maestro que él tiene y que asume con todas sus consecuencias nos da pie para conversar con él acerca de un tema poco abordado, a nuestro parecer: la enseñanza de la Filosofía en España. Obviamente, por tanto, los temas que rozan la «Historia social de la Filosofía», que ya está elaborando, al frente de un grupo de colaboradores, así como la «Introducción a la Historia de la Filosofía», que también está a punto de salir a la calle.

—La primera pregunta, profesor Lledó, sería: ¿qué Filosofía ha de transmitirse?

—Sí, esa podría ser la pregunta previa. Pero nos llevaría también a plantearnos nuevamente el sentido de la Filosofía. Yo creo que por muy antihistoricistas y por muy presencialistas que sean ciertas concepciones del pensamiento contemporáneo, un contraste con la historia sería esencial para captar qué es lo que se encierra en el concepto Filosofía. Si, por ejemplo, pensamos en las figuras de los llamados primeros filósofos (los presocráticos), veremos

que hasta el momento se les ha considerado como una especie de pontífices del ser, autores de una serie de manifestaciones de no sé qué extrañas verdades. Y, realmente, los primeros filósofos eran los ideólogos de una sociedad mercantilizada, que con la segun-

—La Filosofía, entonces, era un saber instrumental...

—Y no sólo eso: era un saber instrumental que se convertía en respuesta casi siempre crítica a los estímulos de una época y a las tradiciones de unas culturas. Porque una Filosofía que se pre-

hechos, como fundamentalmente se está realizando, tiene que ser una lectura de sentidos. Al apoderarnos de los sentidos de estos hechos, se nos enriquece nuestra experiencia con las aventuras intelectuales de estos hombres, y con ese enriquecimiento ganaríamos la enorme perspectiva que nos ofrece el hecho de que la Historia es la memoria colectiva. El día que perdiésemos esa memoria ya no seríamos hombres. Esta insistencia de lo histórico para entender qué es Filosofía obedece a que en las obras de los filósofos tenemos los únicos datos de experiencia para sacar de ellas esos elementos comunes que podrían definir el problemático saber histórico.

El sentido que tiene enseñar filosofía

—Profesor Lledó, ¿tiene sentido todavía la comunicación del saber filosófico en las Universidades?

—Lo tiene. Lo tiene, a pesar de las polémicas y de las controversias. Pero habría que plantear la enseñanza de la Filosofía en función de lo que anteriormente he dicho: como una enseñanza abierta y en absoluto dogmatizada. Parece que nos hemos olvidado de la vieja fórmula kantiana que afirmaba que no se enseña Filosofía, sino que se enseña a filosofar.

—¿Cómo se enseña a filosofar en nuestras Universidades?

—En primer lugar, para responder a esa pregunta, habría que partir de una posición que supere esa alternativa entre académicos y no académicos. Aquí, por no tener, no hemos tenido ni académicos, entendiéndolo que yo llamo a académicos a personajes como Russell, Heidegger, Wittgenstein, Carnap y Deleuze... En definitiva, con los fantasmas del academicismo y del no academicismo no se sabe muy bien qué es lo que se quiere decir. Ese tema merecería ser analizado más detenidamente. Hay, pues, lo que podríamos llamar, utilizando el título de Popper, «La Filosofía abierta y sus enemigos». Y esa Filosofía se puede enseñar en la Universidad tradicional con el máximo de los antiacademicismos, entendiéndolo en este caso

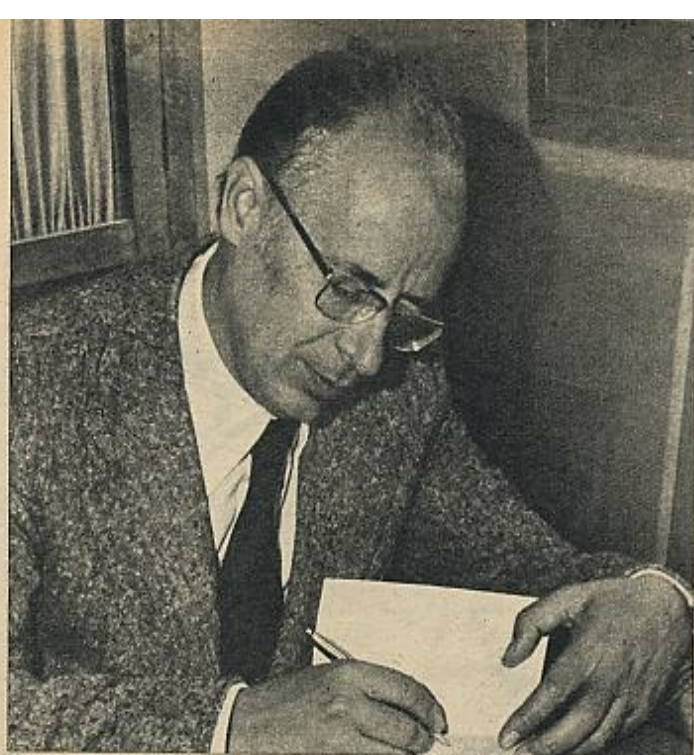


Lledó: «Nos hemos olvidado de la fórmula kantiana que afirmaba que no se enseña filosofía, sino que se enseña a filosofar».

da ola de la civilización griega iban a ocupar el Mediterráneo. Estos ideólogos ofrecían a sus conciudadanos, habitantes de Mileto o de Efeso, un saber instrumental que necesitaban para esas navegaciones. Asimismo, ofrecían una primera manera de organizar la vida en común. Tales de Mileto es el primero que pretende establecer una República Federal para que las ciudades se pudieran defender con mayor garantía de los persas. Con Platón y Aristóteles pasa lo mismo: son intelectuales a los que les interesa establecer el nuevo tipo de convivencia que necesita la sociedad griega de su tiempo. Al lado de esto hay una voluntad por investigar, por conocer el mundo, por hacerlo asequible, y no extraño, a los hombres.

tenda desgajar de la Historia sería ininteligible y metafísica. En el peor sentido de la palabra metafísica. Por consiguiente, los llamados sistemas filosóficos pueden ser interpretaciones globales del universo, pero han de responder a intereses y mentalizaciones de los hombres que construyen tales sistemas y de las clases de las que esos sistematizadores brotan. En consecuencia, una tarea interesante sería la lectura de los sistemas filosóficos, contextualizada en el ámbito histórico. De ahí puede resultar una clave importante para entender efectivamente el sentido de esas filosofías y, por consiguiente, adquirir una experiencia en la lucha por entender y asimilar el mundo. Por eso, la lectura del pensamiento pasado, más que una lectura de

(1) Ediciones Ariel Quincenal, Barcelona.



por academicismo lo que muchas veces se ha entendido por enseñanza universitaria: una interpretación estereotipada, huera, dogmática y esclerotizada del saber. El contacto inmediato con los problemas, bien sea de la Historia o de la Filosofía, o bien sea de los estímulos que la realidad presente nos ofrece, las culturas y las pseudoculturas con las que continuamente estamos enfrentados, los racionalismos o irracionales, las motivaciones sociales de algunos de estos temas, son siempre un campo de contraste y fecundidad para la reflexión y para el pensamiento. Se trata de analizar y de entender y de buscar sentidos, y la construcción metodológica de esta búsqueda, de esta inteligencia y de esta significatividad, que todavía puede realizarse en la Universidad y que también podría realizarse fuera de ella. Pero la ventaja que los que trabajamos en la Universidad tenemos es que nuestro mismo pensamiento, nuestra manera de enfocar el saber, puede verse contrastado e incluso diría que contestado por nuestros alumnos. Y esto, cuando se hace por encima de esteticismos frívolos o de planteamientos confusos, es algo que mantiene libre y abierta nuestra función intelectual. La obsesión de los programas, de los exámenes, de los manuales es, en la enseñanza universitaria, al menos en la Filosofía, una de las más funestas y arraigadas enfermedades.

«La enseñanza universitaria en nuestro país se ha montado en función de un esquema erróneo: asignatura - profesor - alumno. Se trataba de impartir una asignatura. Desde el momento en que la asignatura era lo que dominaba, el profesor quedaba reducido a

un puro transmisor más o menos mecánico de un saber ya hecho y cuajado en esa asignatura. Sin embargo, el verdadero esquema, en el que debe funcionar el saber, es en la dualidad profesor-alumno. Es el profesor, por haber dedicado más años de trabajo en un determinado campo, entre otras razones, el que tiene que construir con su enseñanza esa posible asignatura, quien tiene que manifestar su propia y particular experiencia intelectual, su larga marcha viva a través del saber del que puede ser especialista.

El timo de lo contemporáneo

—¿Cómo se podría poner a los alumnos en contacto con este tipo de enseñanza filosófica antiasignaturesca?

—Hay que transmitir una determinada información, pero lo más importante es, en la Filosofía, poner en contacto al alumnado con unos textos determinados, con las situaciones culturales y sociales de los que tales textos brotan, y enseñar una metodología para esa lectura. Cuando muchos alumnos plantean —hoy ya creo que no lo hacen—, que por culpa de la obligación de estudiar autores clásicos no llegan a los contemporáneos, habría que pensar que la objeción resulta sintomática y justificada, pero que el planteamiento no es el adecuado. Porque no se trata de la antigüedad o ambigüedad de los textos, sino de la metodología con que esos textos se explican. Se pueden decir iguales trivialidades sobre Aristóteles, Kant, Goldmann o el estructuralismo, y aunque el tema sea supermoderno, su ense-

ñanza puede ser tan dogmática y tan vacía como si se tratase de un resto fosilizado. La transmisión de un autor contemporáneo no garantiza la calidad de la enseñanza: la contemporaneidad deja de tener importancia cuando no contribuye en nada positivo a la enseñanza. Por el contrario, un autor antiguo, como Platón o Aristóteles, puede sugerirnos tantos desafíos a nuestro presente como el más reciente de los autores. Piénsese, por ejemplo, para hablar de un tema muy actual en los análisis que sobre los regímenes políticos han escrito los propios Platón y Aristóteles. La antigüedad de los textos es, pues, un concepto muy relativo. Esos textos han llegado a nuestro presente, y es desde nuestro presente, desde donde los tenemos que interpretar. Toda experiencia intelectual se sitúa, entonces, en el mismo nivel. Se trata sólo de saber cómo se ha de dialogar con esa experiencia, cómo afinar nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia para no desoír todas las voces interesantes que desde el presente y desde el pasado se nos lancen. Porque el día que dejemos de captar esas voces plenamente contextuales, nos faltaría algo muy importante para ser simplemente hombres.

—¿Cómo tendría que ser, pues, el profesor dentro de ese binomio esencial de la enseñanza?

—Ya anteriormente me he referido a cómo ha de ser el profesor. No importan los planes. Los que importan son justamente los profesores. Una tarea fundamental en el planteamiento actual de nuestra educación sería el centrar nuestro interés en crear profesores que tengan esa actitud abierta ante el saber, la única actitud capaz de hacer progresar la ciencia, y no acentuar tanto el aspecto puramente formal de los planes de estudio, con los que no se hace otra cosa que encorsetar y reprimir, con exámenes, asignaturas, programas intensivos, la capacidad de desarrollo intelectual de nuestros alumnos. No se trata de defender con ello ninguna anarquía pedagógica, sino sencillamente de combatir el único academicismo reprochable: el día en que nuestros estudiantes no se sientan coaccionados, como ocurre en otras muchas experiencias universitarias extranjeras por el pequeño chantaje académico de los apuntes y el pragmatismo de los exámenes empobrecedores, habríamos dado un paso realmente extraordinario en ese saber abierto y creador del que antes te hablaba. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

ARIEL

LAS ÚLTIMAS NOVEDADES:

«La tortura en España. Estudios históricos», de Francisco Tomás y Valiente. 247 páginas. 110 pesetas.

«Hacia una ciencia de la ciencia», de D. J. de Solla Price. 181 páginas. 80 pesetas.

«Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento», de Paul K. Feyerabend. 208 páginas. 80 pesetas.

«Sobre los orígenes sociales de la Reconquista», de Abilio Barbero y Marcelo Vigli. 197 páginas. 80 pesetas.

«Conflictos sociales y estancamiento económico en la España medieval», de Reyna Pastor de Togneri. 269 páginas. 110 pesetas.

«Industrialización y obrerismo. Las tres clases de vapor. 1869-1913», de Miguel Izard. 253 páginas. 110 pesetas.

«La descolonización del niño», de Gerard Mendel. 275 páginas. 110 pesetas.

«Montesquieu: La Política y la Historia», de Louis Althusser. 150 páginas. 80 pesetas.

«La primera democracia cristiana en España», de Oscar Alzaga. 355 páginas. 340 pesetas.

«Hablando con los vascos», de Martín Ugalde. 206 páginas. 200 pesetas.

Solicite catálogos e información en:

ARIEL



Hermanos Alvarez Quintero, 2.
Madrid-4.
Provenza, 219. Barcelona-8.